

me narró en el camino de Monte Oliveto. En el presente libro podrán encontrarse. Redactándolos, desearía conservar algunos vislumbres de la gracia que tenían junto al Pozo de Santa Clara.



*A Alfonso Daudet.*

## I

## SAN SATIRO

*Censors paterni luminis,  
Lux ipse lucis et dies,  
Noctem canendo rumpimus:  
Assiste postulantis.*

*Aufer tenebras mentium;  
Fuga catervas dæmonum;  
Expelle somnolentiam,  
Ne pigritantes obruat.*

*(Breviarium romanum.  
Feria tertia; ad matutinum.)*

Por su humildad habíase elevado fra Mino sobre sus hermanos; y, todavía joven, gobernaba sabiamente el monasterio de Santa-Fiora. Era piadoso. Complacíase en prolongar sus rezos y meditaciones; á veces caía en éxtasis. A ejemplo de San Francisco, su padre espiritual, componía canciones en lengua vulgar sobre el amor perfecto, que es el amor de Dios. Y estas obras no pecaban por la medida ni por el sentido, pues había estudiado las siete artes liberales en la Universidad de Bolonia.

Pues bien; mientras se paseaba una tarde so las arcadas del claustro, sintió su corazón henchirse de turbación y tristeza al recuerdo de una dama florentina que había amado cuando aún estaba en la primera flor de la juventud, y porque el hábito de San Francisco no protegía suficientemente su carne. A Dios rogó que alejara esta imagen. Pero su corazón persistió triste.

—Las campanas—pensó—dicen como los ángeles: AVE MARÍA; pero su voz se extingue en la bruma del cielo. El maestro de que se honra Perusa ha pintado maravillosamente en el muro de este claustro á las Marías, contemplando con indecible amor el cuerpo del Salvador. Pero la noche ha velado las lágrimas de sus ojos y los mudos sollozos de sus bocas, y yo no puedo llorar con ellas. Hace un momento que este pozo, en el centro del patio, estaba cubierto de palomas que acudían á beber; pero han volado sin encontrar agua en lo hueco del brocal. Y he aquí, Señor, que mi alma enmudece como las campanas, se vela como las Marías, se deseca como el pozo. ¿Por qué, Jesús, Dios mío, mi corazón está árido, tenebroso y mudo, si eres para él la aurora, el canto de los pájaros y el manantial que baja de las colinas?

Temió volver á su celda, y pensando que la oración disiparía su tristeza y calmaría su inquietud, entró por la puerta del claustro en la iglesia

conventual. Mudas tinieblas henchían el edificio, erigido hacía más de ciento cincuenta años sobre las ruinas de un templo romano por el gran Margaritone. Fra Mino recorrió la nave y fué á arrodillarse en la capilla dedicada á San Miguel, cuya historia estaba pintada en el muro. Pero la luz sombría de la lámpara suspenda de la bóveda no consentía ver al arcángel sojuzgando al demonio y pesando las almas. Solamente la luna enviaba por la ventana un pálido rayo sobre la tumba de San Sátiro, establecida en una arcada á la derecha del altar. Esta tumba, en forma de cubo, era más antigua que la iglesia y muy semejante á los sarcófagos paganos, sólo que el signo de la cruz se veía por tres veces trazado sobre el mármol.

Fra Mino permaneció largo espacio prosternado ante el altar; pero la oración le fué imposible, y hacia la media noche sintió invadirle esa torpeza que había caído sobre los discípulos de Jesús en el Huerto de las Olivas. Y mientras permanecía tendido, sin valor ni prudencia, vió algo como una blanca nube elevarse sobre la tumba de San Sátiro, reconociendo en seguida que aquella nube estaba formada por una multitud de nubes, cada una de las cuales era una mujer. Flotaban en el aire obscuro: al través de sus ligeras túnicas brillaban los cuerpos ligeros. Y fra Mino vió que entre ellas había hombres jóvenes con pesuñas de macho cabrío que las perseguían. Su

desnudez dejaba entrever el ardor espantable de sus deseos. Las ninfas huían, y bajo sus rápidos pasos surgían prados floridos y frescos arroyuelos. Y tantas veces como un caprípedo alargaba la mano hacia alguna creyendo cogerla, un sauce brotaba de improviso para ocultar á la ninfa en su tronco, hueco cual una caverna, y el blcndo follaje se poblaba de murmullos ligeros y de risas burlonas.

Cuando todas las mujeres se hubieron oculto en los sauces, los caprípedos, sentados sobre los céspedes súbitos, soplaron en sus flautas de caña y les arrancaron sonos que á cualquier criatura hubiesen turbado. Encantadas las ninfas, insinuaban sus cabezas entre las ramas, y muy poco á poco, abandonando sus sombreros retiros, iban acercándose atraídas por las flautas irresistibles. Los hombres-caprípedos se lanzaron entonces sobre ellas con sacro furor. En brazos de los insolentes agresores, las ninfas aún intentaron un momento de reír y hacer mofa. Luego ya no rieron. Rendida la cabeza, anegados los ojos de horror y alegría, invocaban á su madre, exclamaban: «¡Me muero!», ú observaban un silencio siniestro.

Fra Mino intentó volver la cabeza; pero le fué imposible, y sus ojos continuaron abiertos, muy á pesar suyo.

Entre tanto, habiendo las ninfas alheñado sus brazos á los riñones de los caprípedos, mordían,

acariciaban, irritaban á sus peludos amantes y, amalgamándose con ellos, los envolvían, los bañaban con su carne, más ondulante y más viva que el agua del arroyuelo que á su mismo lado se deslizaba entre los sauces.

Ante tal espectáculo, fra Mino cayó por el espíritu y por la intención, en el pecado. Quiso ser uno de aquellos demonios, mitad hombres y mitad bestias, y tener en su pecho, al modo de ellos, á la dama de Florencia que en la flor de su edad había amado, y que á la sazón era muerta.

Pero ya los hombres-machos se dispersaban por el campo. Estos recogían miel en el tronco de las encinas, aquéllos tajaban cañas en forma de flautas, ó saltando uno contra otro, entrechocaban sus frentes cornudas. Y los cuerpos inertes de las ninfas, despojos encantadores del amor, poblaban la pradera. Fra Mino gemía sobre el pavimento; pues el deseo del pecado había sido tan vivo, que ahora sufría toda la magnitud de la vergüenza.

De pronto exclamó una de las ninfas tendidas, que al azar había dirigido sus miradas hacia él:

—¡Un hombre! ¡Un hombre!

E indicándolo con el dedo á sus compañeras:

—Miradle, hermanas mías, no es un cabrero. No se le ve la flauta de caña. Tampoco le reconozco por el dueño de uno de estos rústicos dominios, cuyo diminuto jardín adjunto está prote-

gido por un priapo tallado en un trozo de haya. ¿Qué hace entre nosotras, si no es cabrero, ni boyero, ni jardinero? Tiene aire sombrío y rudo, y no leo en su mirada el amor de los dioses y de las diosas que pueblan el almo cielo, los bosques y las montañas. Lleva vestiduras bárbaras. Quizás sea un escita. Acerquémonos á este extranjeró, hermanas mías, y sepamos de él si ha venido en calidad de enemigo para enturbiar nuestras fuentes, abatir nuestros árboles, hendir nuestras montañas y revelar á los hombres crúeles el misterio de nuestros asilos felices. Ven conmigo, Mnais; venid vosotras, Eglé, Nerea y Melibea.

—¡Vamos!—respondió Mnais—. ¡Vamos con nuestras armas!

—¡Vamos!—exclamaron todas simultáneamente.

Y fra Mino vió que, irguiéndose, cogían rosas á manos llenas y se le acercaban, formando larga fila, armadas de rosas y de espinas. Pero la distancia que de ellas le separaba, si al principio le pareció insignificante, pues se le antojaba casi tocarlas y sentir su soplo rozándole la carne, ahora le parecía aumentar y las veía acercarse como una floresta lejana. Impacientes de alcanzarle, las ninfas corrían amenazándole con sus flores crúeles. También brotaban amenazas de sus labios floridos. Y he aquí que al compás que se acercaban, un metamorfosis se producía en ellas: á cada paso perdían algo de su gracia y

magnificencia, y la flor de su juventud se marchitaba al mismo tiempo que sus ramilletes de rosas. Primero se les abismaron los ojos y la boca se les hundió. El cuello, poco ha tan blanco y puro, se entrecruzó de profundos pliegues; luego, grises mechones descendieron sobre la frente arrugada. Y avanzaban: sus ojos se circundaban de escarlata; sus labios se sumían entre las encías. Y avanzaban: portadoras de rosas secas entre sus brazos negros y retorcidos como el sarmiento que los campesinos de Chianti quemán durante las noches del invierno. Y avanzaban, bamboleando la cabeza y vacilando sobre las piernas secas.

Cuando llegaron al sitio donde fra Mino estaba clavado de miedo, sólo eran horribles brujas calvas y barbudas, la nariz ganchuda, vacío y colgante el vientre. Agolpábanse á su alrededor:

—¡Oh, el lindo mozo!—dijo una—. Es blanco como un lienzo, y el corazón le late como á una liebre mordida por los perros. Eglé, hermana mía, ¿qué haremos de él?

—Nerea mía—respondió Eglé—, es preciso abrirle el pecho, extraerle el corazón y ponerle en su lugar una esponja.

—¡De ningún modo!—exclamó Melibea—. Sería hacerle pagar hartó cara su curiosidad y el placer de sorprendernos. Basta por esta vez con infligirle un castigo ligero. Démosle una buena fricción.

En seguida rodearon al monje, y echándole el hábito por la cabeza, le flagelaron con los haces de espinas que les quedaban en las manos.

La sangre comenzó á fluir cuando Nerea les hizo signo de cesar:

—¡Bastante—dijo—, es mi galán! Acabo de ver que me miraba con ternura, y quiero calmar sus deseos ofreciéndome á él sin más espera.

Sonrió; un diente largo y negro que salía de su boca le hurgó en la nariz. Y le dijo:

—¡Ven, Adonis mío!

Súbitamente añadió luego, furiosa:

—¡Fi, fi!... Sus órganos están lacios. Su frialdad ofende á mi belleza. ¡Me desdeña; compañeras, vengadme! ¡Mnais, Eglé, Melibea, vengad á vuestra hermana!

A este requerimiento, todas, alzando su látigo espinoso, flagelaron tan rudamente al desventurado fra Mino, que su cuerpo era al poco tiempo una llaga. A cada momento se detenían para toser y escupir, y recomenzaban con más ahinco el azote. Sólo cesaron cuando se agotó su fuerza.

—Espero—dijo entonces Nerea—que la próxima vez no me causará la innmercida afrenta de que aún enrojezco. Concedámosle la vida. Pero si traiciona el secreto de nuestros juegos y placeres, le haremos morir. ¡Hasta la vista, lindo mozo!

Dijo, y la vieja se acomodó sobre el religioso,

inundándole de infectas aguas. Cada hermana hizo por turno lo mismo: luego retornaron á la tumba de San Sático, entrando por una tenue fisura de la tapa, dejando á su víctima tendida en un charco de insuperable pestilencia.

Cuando la última hubo desaparecido, cantó el gallo. Fra Mino pudo al fin levantarse del suelo. Quebrantado de fatiga y dolor, yerto de frío, tembloroso de fiebre, semisofocado por las exhalaciones de un líquido pestífero, ordenó sus hábitos y se arrastró hasta la celda, cuando alboraba el día.

Desde esta noche ya no encontró reposo fra Mino. El recuerdo de lo que había visto en la capilla de San Miguel, sobre la tumba de San Sático, le turbaba durante los oficios y prácticas piadosas. Temblando acompañaba á sus hermanos á la iglesia. Cuando, según la regla, debía besar el suelo del coro, sus labios encontraban con espanto el rastro de las ninfas, y murmuraba: «Salvador mío, ¿no me oís decir lo que vos mismo decíais á vuestro Padre? No me dejéis caer en la tentación.» Al principio quiso enviar al señor obispo el relato de lo que había visto. Pero, habiendo reflexionado maduramente, se persuadió de que era preferible meditar despacio sobre estos acontecimientos extraordinarios y no divulgarlos hasta haber hecho de ellos un preciso estudio. Por otra parte, se encontraba con que el

señor obispo, aliado á los güelfos de Pisa contra los gibelinos de Florencia, guerreaba á la sazón con tanto ahinco que, desde hacía un mes, no se había quitado la coraza. Por este motivo, y sin dar parte á nadie, fra Mino hizo profundas investigaciones sobre el sepulcro de San Sático y sobre la capilla en que estaba encerrado. Versado en el conocimiento de los libros, hojeaba los antiguos y los modernos, pero sin dar con ninguna luz. Y los tratados de Magia que estudió sólo sirvieran para redoblar su incertidumbre.

Tras haber trabajado como siempre toda la noche, una mañana quiso alegrar su corazón dando un paseo por el campo. Tomó por la senda bravía, que, ondulando entre viñas hermanadas con olmos enanos, se endereza hacia un bosque de mirtos y olivos que para los romanos fué antaño sagrado. Los pies sobre la hierba húmeda, la frente refrescada por el rocío que destilaban las puntas de los sauquillos, fra Mino caminaba hacía tiempo entre la fronda, cuando percibió un manantial sobre el que los tamarindos balanceaban muellemente su ligero follaje y el plumón de sus racimos color rosa. Más abajo, entre los sauces, hacia el confín del manantial prolongado, se veían garzas inmóviles. Los pajarillos cantaban en las ramas de los mirtos. El perfume de la menta mojada surgía de la tierra, y en la hierba brillaban florecillas, de las que Nues-

tro Señor ha dicho que el rey Salomón con toda su gloria no estaba vestido como cualquiera de ellas. Fra Mino tomó asiento en una piedra, y alabando á Dios que hizo el cielo y el rocío, meditó sobre los ocultos misterios de la Naturaleza.

Como el recuerdo de lo que había visto en la capilla no le dejaba nunca, permaneció con la frente entre las manos, inquiriendo por milésima vez lo que significase aquel sueño: «Porque tal aparición—se decía—debe de tener un sentido: hasta es posible que tenga varios, que importa descubrir, sea por súbita iluminación, sea haciendo exacta aplicación de las reglas de la escolástica. Estimo que en este caso particular, los poetas que he estudiado en Bolonia, tales como Horacio el satírico y Estacio, podrán servirme también de gran ayuda, pues muchas verdades andan entreveradas con las fábulas.

Habiendo largo tiempo devaneado en sus adentros estos pensamientos y otros aún más sutiles, elevó los ojos y advirtió que no estaba solo. Adosado al tronco cavernoso de una vieja carrasca, un anciano contemplaba risueño el cielo al través del follaje. En su frente canosa apuntaban dos cornezuelos embotados. De su roma cara dependía una barba blanca, entre la cual se percibían las glándulas del cuello. Rudo vello se erizaba en su pecho. Densa lana le cubría las piernas, colgándole hasta los pies ahorquillados. Acercan-

do á sus labios una flauta de caña, le hizo exhalar débiles sonidos. Luego cantó con voz apenas distinta:

Ella huía riente  
mordiendo las uvas de oro.  
Pero yo supe alcanzarla,  
y mis dientes estrujaron  
el racimo en su boca.

Viendo y oyendo estas cosas, fra Mino hizo el signo de la Cruz. Pero el viejo no se turbó, y dirigió al monje una mirada ingenua. Entre las arrugas profundas de su rostro, los ojos límpidos y azules brillaban como el agua de un manantial entre la corteza de las encinas.

—Hombre ó bestia—exclamó Mino—en el nombre del Señor te ordenó que me digas quién eres.

—¡Hijo mío—respondió el viejo—, yo soy San Sátiro! Habla más bajo, no sea que espantes á los pájaros.

Fra Mino replicó en voz menos alta:

—Anciano, puesto que no has huído ante el signo invencible de la Cruz, no puedo pensar que seas un demonio ó cualquier otro espíritu impuro escapado del infierno. Pero si verdaderamente eres como dices, un hombre, ó mejor dicho, el alma de un hombre, santificada por los trabajos de una buena vida y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, explícame, yo te lo imploro, la

maravilla de tus cuernos de macho cabrío y de tus piernas lanosas terminadas por unos pies negros y ahorquillados.

Al oír esta pregunta el anciano elevó los brazos al cielo, y dijo:

—Hijo mío: la naturaleza de los hombres, de los animales, de las plantas y de las piedras, es el secreto de los dioses inmortales, y yo ignoro lo mismo que tú, la razón de estos cuernos que exornan mi frente, y sobre los cuales las ninfas colocaban antaño guirnaldas de flores. Ignoro para lo que sirven estas glándulas suspensas de mi cuello, ni por qué tengo pies de intrépido macho cabrío. Sólo puedo decirte, hijo mío, que hace tiempo había en este bosque mujeres de frente cornuda y piernas lanosas como las mías. Pero sus pechos eran redondos y blancos. Sus vientres, sus costados pulidos, relucían. Joven entonces, el sol gustaba, bajo la verde fronda, de acribillarlas con sus rayos de oro. Eran bellas, hijo mío. ¡Ay, hasta la última ha desaparecido de los bosques! Mis semejantes han desaparecido como ellas, y sólo yo quedo de mi raza. Soy muy viejo.

—Anciano, dime cuál es tu edad, tu sangre, tu patria.

—Hijo mío, nací de la Tierra mucho antes de que Júpiter destronase á Saturno, y mis ojos han contemplado la juventud florida del mundo. La

raza humana aún no era salida del barro. Solas conmigo, las satiresas danzaban haciendo trepidar el suelo al choque rítmico de sus dobles pesuñas. Eran más altas, más robustas y más hermosas que las ninfas y las mujeres; y sus caderas, más amplias, recibían abundantemente el germen fecundo de los primeros nacidos en la Tierra.

»Bajo el reinado de Júpiter las ninfas comenzaron á poblar las fuentes, los bosques y las montañas. Los faunos, confundidos con las ninfas, formaron coros ligeros en el fondo de los bosques. Entonces yo vivía feliz, mordiendo á placer en los racimos de las viñas bravías y en los labios de las rientes faunesas. Y yo gustaba del dormir apacible en las hierbas tupidas. Y celebraba con mi rústica flauta á Júpiter tras Saturno, porque me es permitido loar á los dioses, señores del mundo.

»¡Ay! Siento que he envejecido, porque ahora sólo soy un dios, y los siglos han encanecido las crines de mi cabeza y de mi pecho: ellos han apagado el ardor de mis riñones. Ya estaba abrumado por la edad cuando el gran Pan murió, y Júpiter, sufriendo la suerte que infligió á Saturno, fué destronado por el Galileo. Desde entonces he arrastrado una vida tan lánguida que hasta me ha ocurrido morir y ser enterrado en una tumba. Y en verdad que sólo soy mi propia sombra. Si aún existo un poco, es porque nada se pierde,

y porque no es permitido á nadie morir completamente. La muerte no sería más perfecta que la vida. Los seres perdidos en el Océano de las cosas son como las olas que ves, ¡oh, hijo mío! elevarse y abatirse en la mar Hadria. No tienen principio ni fin: nacen y sucumben insensiblemente. Insensiblemente como ellas, circula mi alma. Un pálido recuerdo de las satiresas de la edad de oro anima todavía mis ojos, y sobre mis labios vuelan sin ruido los himnos antiguos.

Dijo y cayó. Fra Mino miró al anciano convencido de que sólo era un fantasma.

—Que seas—le dijo— un caprípedo sin ser un demonio, no es increíble. Las criaturas que Dios formó para no participar en la herencia de Adán, no pueden ser condenadas ni pueden ser salvadas. No puedo creer que el centauro Chirón, siendo más sabio que un hombre, sufra en la gola de Leviatán las penas eternas. Un viajero que llegó á los limbos, dijo que lo había visto sentado en la hierba departiendo con Rifeo, el más justo de los troyanos. Pero otros aseguran que el santo Paraíso se abrió para recibir á Rifeo el de Troya. Y es lícito dudar sobre este punto. Pero tú mentías, anciano, al decirme que eras un santo, tú, que apenas eres hombre.

El caprípedo respondió:

—Hijo mío, cuando yo era joven, apenas mentía más que las ovejas cuya leche mamaba, y que



los machos cabríos con quienes topaba mi frente en el regocijo de mi belleza. Nada en aquel tiempo mentía, y el vellón de los carneros aún no había aprendido á revestirse de engañosos colores: mi alma en nada ha cambiado desde entonces. Mírame; desnudo estoy como en los días dorados de Saturno. Y mi espíritu no se vela más que mi cuerpo. Jamás miento. ¿Y qué hallas de extraordinario, hijo mío, en que yo sea un santo ante el Galileo, sin haber nacido de esa madre que unos llaman Eva y otros Pirra, digna de venerarse bajo ambos nombres? Tampoco San Miguel nació de mujer. Le conozco y juntos departimos algunas veces. El me habla del tiempo en que era boyero en el monte Gargano...

Fra Mino interrumpió al sátiro:

—No puedo tolerar que se diga de San Miguel que fué boyero por haber apacentado los bueyes de un hombre llamado Gargano como la montaña. Pero revélame, anciano, cómo fuiste santificado.

—Escucha—respondió el caprípedo—y tu curiosidad será satisfecha.

»Cuando los hombres venidos del Oriente anunciaron en el dulce valle del Arno que el Galileo había destronado á Júpiter, descujaron las encinas donde los campesinos suspendían menudos dioses de barro y tabletas votivas; también erigieron cruces en las fuentes sagradas y prohi-

bieron á los pastores que llevasen á las grutas de las ninfas vino, leche, tortas ofrendarias. La muchedumbre de los faunos, panes y silvanos, se ofendieron justamente. Coléricos atacaron á los nuncios del nuevo dios. Cuando los apóstoles dormían de noche, á sus lechos de hojas secas venían las ninfas para tirarles de las barbas, y los faunos juveniles se filtraban en el establo de los santos hombres para arrancar cerdas á la cola de sus asnos. En vano pretendí desarmar su malicia ingenua y exhortarlos á la sumisión. «Hijos míos—les decía—el tiempo de los fáciles juegos y de las risas burlescas, ha pasado.» Los imprudentes jamás me escucharon. ¡Desgraciados de ellos!

»Pero yo, que había visto fenecer el reinado de Saturno, yo estimaba natural y justo que Júpiter pereciese á su vez. Como me había resignado á presenciar la caída de los grandes dioses, no resistí á los mensajeros del Galileo. Hasta les presté algunos pequeños servicios. Conociendo mejor que ellos las sendas del bosque, recogía moras y ciruelas que depositaba sobre frescas hojas en el dintel de sus grutas. También les ofrecía huevos de aves. Y si construían alguna choza, yo les transportaba sobre mis hombros ramas y piedras. En cambio, ellos derramaban agua sobre mi frente y me deseaban la paz en Jesucristo.

»Yo vivía con ellos y como ellos. Los que les amaban, me amaban. Como á ellos les honraban,

me honraban á mí, y mi santidad parecía semejante á la suya.

»Te he dicho, hijo mío, que ya entonces era yo muy viejo. El sol acaloraba con harta pena mis miembros ateridos. Yo sólo era un árbol seco que se ha despojado de su corona fresca y cantante. Cada retorno del otoño aceleraba mi ruina. Una mañana de invierno me encontraron yacente y sin movimiento al borde del camino.

»El obispo, seguido de sus sacerdotes y del pueblo en masa, celebró mis funerales. Luego me colocaron en un sepulcro de mármol blanco, marcado tres veces con el signo de la Cruz é inscrito en el testero el nombre de San Sátiro, entre una giralda de uvas.

»En aquel tiempo, hijo mío, las tumbas bordeaban las vías. La mía se erigió á dos millas de la ciudad, en el camino de Florencia. Un plátano joven medraba al lado y la cubría con su sombra acribillada de luz, poblada de murmullos, de canciones de los pájaros, de frescor y de alegría. Una fuente próxima corría por un lecho de berros; mozos y muchachas acudían riendo para bañarse juntos. Este paraje adorable era un lugar santo. Las madres jovencitas traían á sus hijuelos y les hacían tocar el mármol del monumento para que sus miembros se tornasen fuertes y bien formados. Era común creencia en el país que los recién nacidos llevados ante mi sepultura superarían con

el tiempo á los demás en vigor y energía. Por eso me visitaba la flor de la gentil raza toscana. También los campesinos me traían sus asnas en la esperanza de que se las haría fecundas. Mi memoria era venerada. Cada año, cuando la primavera retornaba, el obispo llegaba con su clerecía á orar sobre mi cuerpo, y yo veía asomar remotamente entre las altas hierbas de la pradera, la procesión de cruces y cirios, el palio de escarlata, el canto de los salmos. Tal sucedía, hijo mío, en los tiempos del buen rey Berenguer.

»Entre tanto, los sátiros y las satiresas, los faunos y las ninfas arrastraban una existencia errante y miserable. Para ellos ya no había altares de césped, ni guirnaldas de flores, ni ofrendas de leche, de harina y de miel. Apenas si algún cabrero colocaba furtivamente y de tarde en tarde un quesito en el dintel de la gruta sagrada, cuya oquedad desaparecía bajo las zarzas y los espinos. Los conejos y las ardillas aún acudían para devorar estas indigentes ofrendas. Las ninfas, pobladoras de florestas y antros sombríos, habían sido expulsadas de sus moradas por los apóstoles llegados de Oriente. Y, para que no pudiesen volver, los sacerdotes del Dios galileo vertían sobre árboles y piedras un agua encantada, pronunciando palabras mágicas y erigiendo cruces en las avenidas de los bosques; pues has de saber, hijo mío, que el Galileo es sabio en el arte de los encantamien-

tos. Mejor aún que Saturno y que Júpiter conoce la virtud de las fórmulas y de los signos. Así, pues, las pobres divinidades rústicas ya no encontraron asilo en sus bosques sagrados. El coro de los peludos caprípedos que herían antaño con sus patas sonoras la tierra materna, sólo era ya una nube de sombras pálidas, mudas, deslizándose á la vera de los ribazos, cual la bruma de la mañana que el sol desvanece.

»Arrastrados como de un viento furioso por la ira divina, estos espectros giraban todo el día entre el polvo de los caminos. La noche les era menos enemiga. La noche no pertenece íntegramente al Dios galileo. Compártela con los demonios. Cuando las sombras descendían de las colinas, faunos y faunesas, ninfas y panes, venían á agazaparse en las tumbas, y allí, bajo el dulce imperio de las potestades infernales, gustaban un poco de reposo. Sobre todas las tumbas preferían á la mía, como de un antepasado venerable. Pronto se congregaron todos bajo la parte de la cornisa que, orientada hacia el Mediodía, no era musgosa y estaba siempre seca. Aquella muchedumbre ligera acudía fielmente cada noche, como palomas que buscan su palomar. Con facilidad se acomodaban, pues habían amenguado tanto de tamaño que eran semejantes á la pelota fugaz que escapa del harnero. Yo mismo, saliendo de mi muda cámara, sentábame á veces en medio de

ellos, al abrigo de las losas marmóreas, y les cantaba con flébil soplo de voz los días de Saturno y de Júpiter; y ellos recordaban la dicha pasada. Bajo la mirada de Diana abandonábanse entre sí, á imagen de sus juegos antiguos, y el caminante rezagado creía ver que los vapores de las praderas imitaban á la luz de la luna los cuerpos abrazados de algunos amantes. Frecuentemente, apenas eran leve bruma. El frío les hacía mucho daño. Cierta noche la nieve había cubierto el campo, y las ninfas Eglé, Nerea, Mnais y Melibea se filtraron por los resquicios del mármol en la estrecha y sombría cámara que yo habitaba. Sus cortejos las siguieron en tropel, y los faunos, lanzándose en su persecución, las alcanzaron pronto. Mi morada fué su morada. Sólo salíamos para ir al bosque cuando la noche era bella. Al primer canto del gallo, dábanse buena prisa en volver. Pues has de saber, hijo mío, que sólo yo entre la raza cornuda tengo licencia de aparecer en la tierra á la luz del día. Es un privilegio anejo á mi estado de santidad.

»Mi sepultura inspiraba más veneración que nunca á los habitantes del campo, y las madres jóvenes me presentaban cotidianamente sus pequeñuelos, alzándolos desnudos entre sus brazos. Cuando los hijos de San Francisco vinieron á establecerse en la comarca y erigieron un monasterio en la falda de la montaña, solicitaron del se-

ñor obispo que les permitiese transportar y guardar mi tumba en la iglesia conventual. Otorgóseles el favor, y fuí trasladado con gran pompa á la capilla de San Miguel, donde aún reposo. Conmigo vino mi rústica familia. Era mucho honor; pero he de confesar que eché de menos el ancho camino por donde veía pasar, cuando el alba apuntaba, á las campesinas llevando sobre la cabeza cestas de uva, de higos ó de berenjenas. El tiempo no ha dulcificado mi pesadumbre, y yo preferiría continuar bajo el plátano de la Vía Sacra.

»Tal es mi vida, añadió el viejo caprípedo. Ella corre riente, dulce y secreta al través de todas las edades de la tierra. Si alguna tristeza se mezcla á la alegría, los dioses lo han querido. ¡Oh, hijo mío; loemos á los dioses, señores del mundo!

Fra Mino permaneció algún tiempo ensimismado. Luego:

—Ahora comprendo—dijo—el sentido de lo que vi durante la mala noche en la capilla de San Miguel. Sin embargo, un punto queda obscuro en mi espíritu. Dime, anciano, ¿por qué esas ninfas que viven contigo y se ofrecen á los faunos, se han metamorfoseado en viejas y repulsivas mujeres cuando han venido en mi busca?

—¡Ah, hijo mío!—respondió San Sátiro—. El tiempo no perdona á hombres ni á dioses. Estos sólo son inmortales en la imaginación de los hombres efímeros. En puridad, sienten el contacto de

la edad y tienden con los siglos hacia su declinar irreparable. Las ninfas envejecen como las mujeres. No hay rosa que no se deshoje. No hay ninfa que no se trueque en hechicera. Puesto que has contemplado los pasatiempos de mi menuda familia, ocasión has tenido de ver que el recuerdo de su juventud pasada orna todavía á las ninfas y los faunos en el momento de amar, y que su ardor reanimado, reanima su belleza. Pero las ruinas de los siglos reaparecen al instante. ¡Ay, ay! La raza de las ninfas es vieja y decrépita.

Fra Mino preguntó todavía:

—Anciano, si es verdad que has alcanzado la beatitud por vías misteriosas; si es cierto, aunque parezca absurdo, que eres un santo, ¿cómo perseveras en la tumba con esas sombras que no saben alabar á Dios y que manchan con su imprudencia la casa del Señor? Responde, ¡oh, anciano!

Pero el santo caprípedo, sin responder, se desvaneció dulcemente en el aire. Sentado en la piedra musgosa, al lado de la fuente, fra Mino meditaba el discurso que acababa de oír, y, entre densas tinieblas empezó á percibir claridades maravillosas.

Este santo Sátiro, pensaba, es semejante á la Sibila que, en el templo de los falsos dioses, anunciaba el Salvador á las naciones. El barro de las mentiras antiguas aún está adherido á sus pesuñas; pero su frente se eleva hacia la luz, y sus labios confiesan la verdad.

Como la sombra de las encinas se alargaba sobre la hierba del ribazo, el monje abandonó la piedra y descendió por la estrecha senda que conducía al convento de los hijos de San Francisco. Pero no osaba mirar á las flores que dormían sobre las aguas creyendo encontrar las imágenes de las ninfas. Cuando las campanas tocaban el *Ave María* entró en su celda. Era ésta pequeña y blanca y solamente amueblada con un lecho, un escabel y uno de esos altos pupitres que usan los escritores. En el muro había pintado en otro tiempo un fraile mendicante, al modo de Giotto, las Marías al pie de la cruz. Bajo esta pintura, una tabla de madera, oscura y luciente, como las de los lagares, sustentaba libros, sagrados unos y profanos otros, pues fra Mino estudiaba á los poetas antiguos para alabar á Dios en todas las obras de los hombres, y bendecía á Virgilio por haber profetizado el nacimiento del Salvador, cuando el mantuano dijo á las naciones: *Jam redit et Virgo.*

En el alféizar de la ventana un brote de lirio medraba en un vaso de tosca loza. Fra Mino se complacía en leer el nombre de la santa Virgen escrito con áureo polvillo en este vaso de lirios. La ventana, practicada muy alto, era estrecha; pero se veía el cielo por encima de las colinas violáceas.

Habiéndose encerrado en estas dos tumbas de

su vida y de sus deseos, fra Mino tomó asiento ante el estrecho pupitre, coronado de una doble tablilla, donde tenía costumbre de entregarse al estudio. Luego, mojando su caña en el tintero puesto al costado del casillero que contenía las hojas de pergamino, los pinceles, los tubos de colores y el polvo de oro, suplicó á las moscas, en nombre del Señor, que no le importunasen, y empezó á escribir la relación de lo que había visto y oído en la capilla de San Miguel durante la noche maldita, y en este mismo día, en el bosque, á la vera de la fuente. Primero trazó estas líneas en el pergamino:

*He aquí lo que fra Mino, de la orden de los Hermanos menores, ha visto y oído, y que relata para instrucción de los fieles. En alabanza de Jesucristo y á la gloria del bienaventurado pobrecito de Cristo, San Francisco. Amén.*

Luego transcribió, sin omitir nada, lo que había observado de las ninfas trocadas en brujas y del anciano cornudo, cuya voz murmuraba entre la fronda como un postrer suspiro de la flauta antigua y como un preludio del arpa sagrada. Mientras él escribía, cantaban los pájaros; y la noche vino lentamente á borrar los bellos colores del día. El monje encendió su lámpara y continuó escribiendo. A medida que narraba las maravillas de que había tenido noticia, explicaba el sentido literal y el sentido espiritual, según las reglas de

la escolástica. Y, como se circunda de murallas y torres á las ciudades para hacerlas fuertes, sustentaba sus argumentos con máximas sacadas de la Escritura. De las extrañas revelaciones que había recibido, concluyó fra Mino que Jesucristo es Señor de todas las criaturas y que es Dios de los Sátiros y de los Panes, así como de los hombres. Por esto San Jerónimo vió en el desierto centauros que proclamaban á Jesucristo; segundo, que Dios comunicó á los paganos algunas luces de la verdad, para que pudiesen salvarse. Así algunas sibilas, como la Cumana, la Egipcia y la Delfica, han ostentado en las tinieblas de la gentilidad el Pesebre, las Disciplinas, el Cetro de caña, la Corona de espinas y la Cruz. Y, por esta razón, San Agustín ha admitido á la sibila Eritrea en la ciudad de Dios. Fra Mino dió gracias al Señor por haberle enseñado estas cosas. Gran contento inundó su corazón pensando que Virgilio estaría entre los elegidos. Y escribió con alegría al pie de la última hoja:

*Este es el apocalipsis del hermano Mino, el pobre de Jesucristo. Yo he visto la aureola de los santos sobre la frente cornuda del Sátiro, en señal de que Jesucristo ha sacado del limbo á los sabios y á los poetas de la antigüedad.*

La noche iba bien corrida, cuando rematada su tarea, fra Mino se acostó en el lecho para reposar un poco. En el momento de empezar á dormir,

una vieja entró por la ventana en un rayo de luna. Él reconoció á la más horrible de las hechiceras que había visto en la capilla de San Miguel.

—Pequeño mío—le dijo ella—, ¿qué has hecho hoy? Yo y mis dulces hermanas te habíamos advertido que no revelases nuestros secretos; pues si nos traicionabas, te haríamos perecer. Esto me afligiría mucho, porque yo te amo tiernamente.

La bruja le abrazó, llamóle su Adonis celeste, su pequeño asno blanco, y le hizo ardientes caricias.

Como él la rechazase disgustado:

—Hijo—exclamó ella—, me desdeñas porque mis ojos están punteados de rojo, mis narices roídas por el acre y pestífero humor que destilan, y mis encías guarnecidas de un solo diente, negro y desmesurado. Verdad que tal es hoy tu Nerea. Pero si tú me amas, yo me volveré por ti y para ti, como era en los tiempos dorados de Saturno, cuando mi juventud florecía entre la juventud florida del mundo. Es el amor ¡oh, mi joven Dios! quien hace la belleza de las cosas. Para tornarme bella, sólo necesitas un poco de entusiasmo. ¡Vamos, Mino, valor!

Al oír estas frases acompañadas de gestos, fra Mino, transido de espanto y horror, sintióse desfallecer y se deslizó lecho abajo hasta el suelo de la celda. Al caer le pareció ver á una ninfa de

forma perfecta, cuyo cuerpo desnudo le inundaba como leche que se derrama.

Fra Mino despertó bien entrado el día, condo- lido de la caída. Las hojas de pergamino que ha- bía borrajado la víspera, cubrían el pupitre. Las releyó, las dobló y las selló con su sello; púsolas bajo su hábito, y sin miedo á las amenazas que las brujas le habían formulado por dos veces, llevó sus revelaciones al señor obispo, cuyo palacio erigía sus almenas en el centro de la población. Encontróle calzando sus espuelas en la sala de re- cepciones, rodeado de sus hombres. Pues el Pon- tífice estaba á la sazón en guerra con los gibeli- nos de Florencia. Preguntó al monje qué objeto le traía, y cuando estuvo enterado, le invitó á leerle inmediatamente su relato. Fra Mino obe- deció.

El señor obispo escuchó la lectura hasta el cabo. No estaba muy instruído en materia de apa- riciones; pero le animaba un celo ardiente en de- fensa de la fe. Sin demorar un día ni dejarse dis- traer por los cuidados de la guerra, comisionó á doce ilustres doctores en Teología y Derecho ca- nónico para que estudiasen el asunto, y les dió prisa en redactar sus conclusiones. Tras maduro examen, y no sin haber interrogado varias veces á fra Mino, los doctores convinieron en que era preciso abrir el sepulcro de San Sático, en la ca- pilla de San Miguel, y lanzar extraordinarios

exorcismos. Cuanto á los puntos doctrinales sus- citados por fra Mino, nada resolvieron formal- mente, inclinándose, sin embargo, á juzgar teme- rarios, frívolos é innovadores los argumentos del franciscano.

Conforme á la recomendación de los doctores, y según orden del señor obispo, fué abierta la tumba de San Sático. Sólo contenía un puñado de cenizas, sobre las cuales vertieron los sacerdotes agua bendita. Entonces salió un vapor blanco del que brotaban débiles gemidos.

La noche que siguió á esta piadosa ceremonia, soñó fra Mino que las hechiceras, inclinadas so- bre su lecho, le arrancaban el corazón. Al amanecer se levantó, atormentado de agudos dolores y devorado de sed ardiente. Poco á poco llegó has- ta el pozo del claustro, donde bebían las palomas. Pero, apenas hubo aspirado algunas gotas del agua que llenaba una pila, sintió que su corazón se hinchaba como una esponja, y murmurando: «¡Dios mío!» murió ahogado.

